

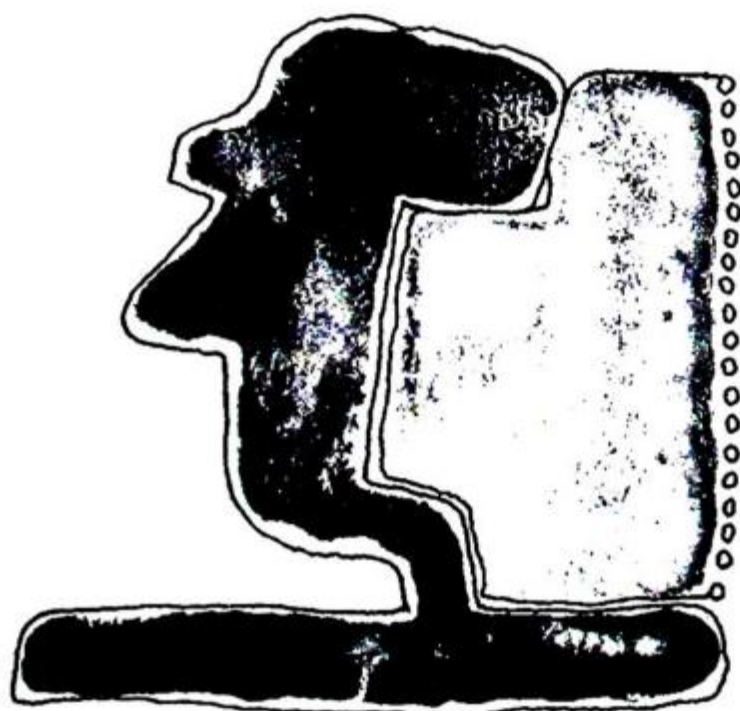
Digamos finalmente que la obra tiene una introducción que nos bosqueja la vida de este criollo ilustrado, especialmente después de 1750. Unos documentos complementarios contribuyen a esclarecer sus actividades militares, burocráticas y científicas. Pero indudablemente su labor como naturalista merecería un estudio más riguroso y sistematizado.

Debemos agradecer al profesor David Robinson, de la Universidad de Syracuse por todo el esfuerzo de transcripción y presentación biográfica del *Diario* y de la vida de don Miguel de Santisteban. Indudablemente él nos ha ayudado con este esfuerzo a disponer de un valioso documento que enriquecerá el estudio de nuestra historia municipal y regional en la primera mitad del siglo XVIII, para continuar realizando nuestros esfuerzos por comprender los grandes dramas de nuestra historia nacional.

HERMES TOVAR PINZÓN

¹ Véase a manera de ejemplo, la *Bibliotheca India de Viajes y viajeros* (Editorial Aguilar, Madrid, 1958). Para la Nueva Granada es notable el *Diario de viaje del P. Joseph Palacios de la Vega, entre los indios y negros de la provincia de Cartagena en el Nuevo Reino de Granada, 1787-1788* (ed. por G. Reichel-Dolmatoff), Bogotá, Editorial A.B.C., 1955.

² Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Noticias secretas de América sobre el estado naval, militar y político de los Reynos del Perú y provincias de Quito, costas de Nueva Granada y Chile*, Bogotá, Banco Popular, 1983, 2 vols.



Turismo irregular

Tesoros de Cartagena
Germán Téllez y Alfredo Iriarte
El Sello editores, Bogotá, 1991

Homenaje al Cauca
Varios autores
Villegas Editores, Bogotá, 1991

Por los caminos de Caldas
Beatriz Zuluaga V. y Omar Morales B.
Ediciones Hoge, Bogotá (?), 1991

El progreso tecnológico se ha hecho presente de manera notable en la industria editorial colombiana, y los procesadores de texto, *Scanners*, *PageMakers* y toda la "parafernalia" del mundo de la informática ha dejado de ser un exotismo. Como consecuencia de ello. Las encuadernaciones, diagramaciones y reproducciones en color son generalmente de gran calidad y atractivo visual. Pero las pruebas sin corregir, los textos voluntariosos y guardianes de la "buena imagen", los escritos improvisados de autores de cierta fama, los precarios soportes documentales y las tautológicas o irrisorias descripciones de las ilustraciones, son todavía males repetidos en los libros de pasta dura, justificados únicamente por las láminas. En una palabra, sigue el reinado del mucho ruido con pocas nueces. Y las obras aquí consideradas, con excepción de la de Cartagena, no se apartan de la tendencia general.

Hacer un único libro sobre Colombia plantea el no pequeño problema de resolver la pregunta de cuáles son las imágenes que definen al país: si las exóticas o las triviales; las turísticas y repetidas o las desconocidas e inéditas: cuáles son las regiones que se deben incluir y cuáles las que hay que excluir en razón del espacio limitado. Pocos de los libros publicados hasta ahora que aspiran, legítimamente, a mostrar el país a propios y extraños han resuelto satisfactoriamente el problema. Parece que los autores y editores han preferido la línea más fácil: unos cuantos viajes aquí y allá para captar algunas imágenes desgastadas, unos infaltables atardeceres, arreglos frutales y florales, uno que otro paisaje marino intercalado con escenas urbanas, y asunto resuelto.

Como resultado de ello, puede decirse que aún carecemos de un libro de imágenes colombianas que no incurra en la seguridad de la rutina obvia ni en las veleidades patrioterías.

Abordar las regiones ofrece la ventaja de poder profundizar en un horizonte definible e identificable. Todavía muchas fotografías duermen inéditas allí, dispuestas a brindar asombro, deleite y conocimiento, lo que permite eludir el lugar común y, al mismo tiempo, desnudar la ignorancia que tenemos del país. Y esta es una de las funciones más importantes que cumple este tipo de obras: revelar un mundo inédito y fijar en la memoria la cultura de una región.

Cartagena, por sus características arquitectónicas y estéticas, es una de las ciudades colombianas que probablemente más libros han propiciado. Hernán Díaz ha sido uno de los fotógrafos que con mayor fortuna han producido imágenes perdurables de la ciudad, recogidas en publicaciones como *Cartagena morena*. Ejemplo de *souvenir* turístico sin mayor trascendencia estética es *Cartagena de Indias* de la Editorial Colina, con fotografías de Patrick Rouillard y unos débiles textos a manera de comentarios a las ilustraciones, que apenas cumplen con repetir el lugar común.

Tesoros de Cartagena enfoca los valores arquitectónicos de la ciudad en una perspectiva amena sin abandonar la fundamentación histórica. El libro presenta dos grandes secciones. La primera, escrita por Germán Téllez con el título de "Aventura de las formas construidas", parte de los orígenes de la ciudad hasta llegar a su consolidación arquitectónica. Se detiene a considerar los distintos hitos urbanos no militares: la calle, la plaza, las iglesias, claustros y conventos, así como la Aduana, la Gobernación y la Inquisición. Téllez parte de la premisa de que la conquista condujo a otra aventura: la de la construcción, que en Cartagena asumió sus propias peculiaridades casi desde el momento mismo de su fundación por Pedro de Heredia, en 1533.

La principal riqueza patrimonial de Cartagena, según el autor, es la calidad arquitectónica de las casas e iglesias, y no los atributos decorativos, como en el caso de otras ciudades coloniales como

Tunja o Popayán. La utilización de materiales "inapropiados", en ausencia de otro tipo de piedras y dada la falta de arcilla apropiada para ladrillos y tejas, hicieron que se adoptaran soluciones técnicas nativas dictadas por los elementos disponibles, y con ellos se desarrollara un estilo local propio. Para Téllez, los edificios religiosos constituyen las principales referencias urbanas no militares de la ciudad, levantados a lo largo de más de dos siglos. La orden franciscana fue la primera en establecerse en la ciudad, fundando una tradición de conventos e iglesias, a la que se sumaron los agustinos, los jesuitas, los dominicos y otras órdenes.

Por su parte, la casa cartagenera adoptó dos tipologías básicas: la casa "alta", propia de la aristocracia comercial y los funcionarios de rango; y la casa "baja", que albergó a las clases medias y los artesanos, como también a comerciantes y otros funcionarios menores. En la primera la escalera que comunicaba el primer piso con el segundo tuvo una especial importancia, pues adquirió una "desmesura dimensional" destinada a hacer resaltar los desplazamientos de los señores y sus visitantes.

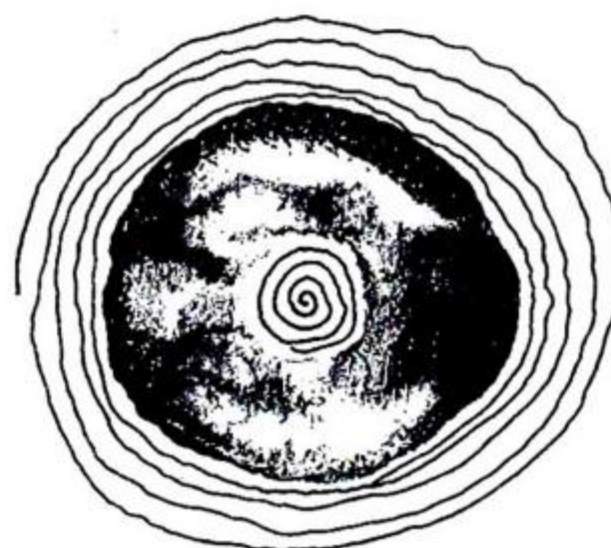
Las decoraciones, la carencia o presencia de portadas de piedra, el mayor o menor número de balcones y ventanas y la calidad del trabajo de carpintería marcaron adicionales diferencias entre ambos tipos de vivienda. En la arquitectura doméstica de Cartagena, como lo muestra el autor, los alarifes debieron encontrar sustitutos locales a los materiales ibéricos. Así, en los balcones volados y en las ventanas de las fachadas, las rejas y balaustradas de madera reemplazaron el hierro forjado que el salitre devoraba implacablemente.

En Cartagena los edificios públicos no alcanzaron ni la importancia ni la abundancia de las construcciones militares o religiosas. La Aduana, la Gobernación y la Inquisición son los más significativos. Entre estos tres se destaca la portada barroca de la casa inquisitorial, labrada en piedra coralina por algún artesano anónimo. Según Téllez, "lo estupendo [...] no estriba en la filiación de cada uno de sus abigarrados rasgos, sino en la hazaña artística de perpetrar efectos escultóricos

finos y dinámicos en el peor material imaginable para esa tarea" (pág. 85). Con esta esforzada pieza, la arquitectura colonial encontrará su punto final en la ciudad.

La segunda parte del libro lleva por título "Llave y antemural del reino", escrita por Alfredo Iriarte, con una prosa brillante y agradable, donde la sorpresa aguarda casi en cada página, y la cuidadosa construcción literaria transforma lo que podría ser el tedio del dato histórico en una aventura incitante. El autor ofrece un recorrido por la historia militar de Cartagena, los cruentos ataques que la arruinaron sucesivamente, a cargo de piratas ingleses y franceses atraídos por los caudales de sus arcas, y las esforzadas construcciones que se levantaron en su defensa. En ellas hoy se puede apreciar, como señalan los autores, no sólo la pericia de los ingenieros militares que las trazaron y dispusieron para la protección, sino una estética del escultor que en nuestros días ha terminado imponiéndose a los fines utilitarios originales.

El libro cuenta con un conjunto notable de fotografías que ilustran, con riqueza y nitidez, cada uno de los temas tratados. Tanto textos como fotografías mantienen equilibrada importancia y complemento mutuo. Cierran la publicación un glosario de términos y tres mapas, que infortunadamente son poco legibles, dado el reducido espacio que se les asignó, a pesar de la importancia que tienen en un libro como éste, sin duda uno de los mejores en su género que han sido editados sobre la Heroica.



Lo más impactante del volumen *Homenaje al Cauca* son sus fotografías. Cuando el lector accede a leer las páginas tras el efecto inicial, se topa con el prólogo. Ante él, no queda más que tratar de sobrellevar pacientemente,

con la resignación que demanda la emoción visual suscitada, el discurso típico del político, grandilocuente y vacuo: "Aspiramos —dice en el último párrafo— a que las páginas de este libro produzcan la ampliación de algo muy sonoro: el corazón del pueblo palpitando al unísono por la reconstrucción de la patria". A continuación se entiende todo, cuando uno se devuelve a los créditos y encuentra que el Senado de la República es el patrocinador de la obra. ¿Será acaso una colección de "homenaje" a las distintas regiones colombianas? Nada de eso. Averigüe usted cuál departamento representaban los senadores influyentes que en determinado momento lograron apropiarse recursos para esta obra, y el misterio será desentrañado.

Una ojeada al índice sugiere que la estructura es adecuada: "Breve historia natural del Cauca", "Trazo etnohistórico" y "Perfil cultural". Pero la lectura revelará que no todos los contenidos están al nivel que la publicación requiere. Utilizando un procedimiento algo exótico y hasta podría decirse que innecesario, Gustavo Wilches-Chaux, en la "Breve historia natural", hace una lectura del paisaje caucano a partir del *I Ching* (!). Si bien en general el texto es ameno e imaginativo, el yo subjetivo del autor aparece demasiadas veces, y las "licencias poéticas" terminan por exceder lo tolerable. Sin mucha tardanza se encuentra una especulación excesiva, y por momentos la inspiración se confunde con el artificio.

Elaborado por Diego Castrillón Arboleda, el "Trazo etnohistórico" presenta un panorama de la historia social del Cauca, desde la conquista hasta la actualidad. El recuento es suficientemente ilustrativo hasta que empieza el siglo XX, cuando entonces se torna a destacar a los prohombres, la tradición de sus universidades, la grandeza de las industrias, el "renombre universal" de sus artistas, la fe en el porvenir en el que el Cauca estará presente "para repetir sus hazañas con su amo Ecce Homo sobre el hombro..." (pág. 109). El "Perfil cultural", a cargo de Julio Arboleda Valencia, se inicia con breves menciones sobre los habitantes precolombinos, con cierto énfasis en Tierradentro, para seguir luego con alusiones a Popayán y su arquitectura,

a la religiosidad, a los virtuosos hombres, a las preciadas cenizas que reposan en su panteón, a la gran cultura humanística. Luego se habla de la música. De nuevo reaparecen las "figuras cimeras". Y éste es el "Perfil cultural". Un texto deshilvanado que no logra trazar ni con claridad ni con suficiente información lo que se propone.

Concluye el *Homenaje* con fragmentos de poesías de Julio Arboleda, Guillermo Valencia y los himnos de Popayán y el Cauca. Y una bibliografía que luce más como decoración intelectual.

Este libro hace visibles escenarios naturales poco accesibles al hombre común, y allí es donde ofrece su parcial valor. Infortunadamente los ensayos contribuyen a mantener el estilo de Villegas Editores. Libro bonito, apto para decorar mesas o repisas, conveniente para cumplir un contrato con el Senado. La historia que pretende contar y el perfil que anuncia trazar, habrá que encontrarlos en otra parte.

Por los caminos de Caldas es otra publicación que —según se lee en el prólogo— "colma la aspiración de rendir un cálido homenaje de fidelidad y solidaridad a las varias municipalidades del departamento de Caldas, dejando decorosas reseñas de sus orígenes, su situación económico social, sus desvelos culturales [?], sus fiestas tradicionales y su incuestionable presencia en el devenir de la república".

De los tres volúmenes aquí considerados es el de menor calidad. Se trata de un recorrido por veinticuatro municipios caldenses, con fotografías generalmente triviales de Félix Tisnés y textos que combinan datos básicos generales, detalles socioeconómicos y un no saber qué más decir revestido de florituras y devaneos. Caldas es el "departamento modelo". Las tierras son ariscas. La voluntad de sus gentes es indomable. Las vertientes son empinadas. La hospitalidad es legendaria. La raza es laboriosa y fuerte.

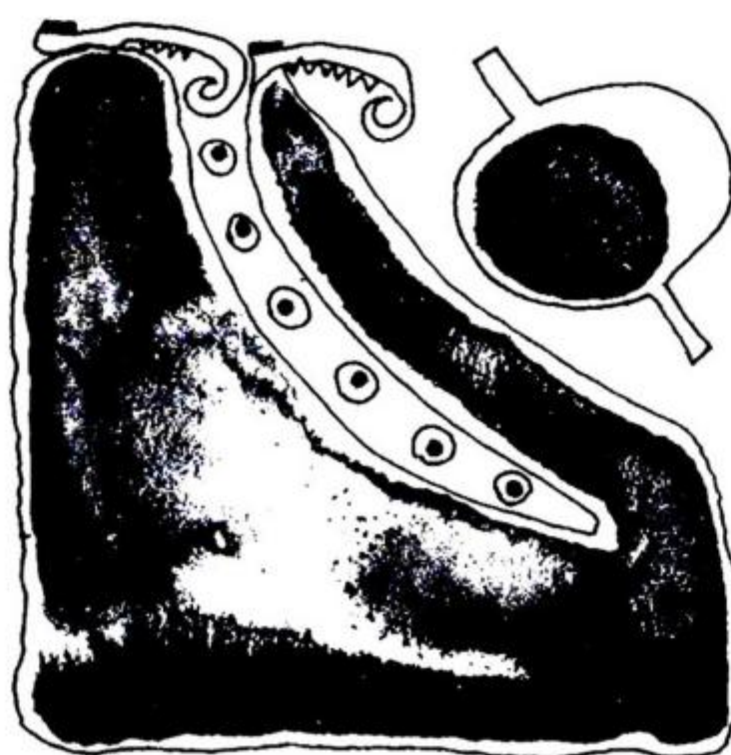
El tono de los pies de fotos queda bien representado con el siguiente texto que comenta tres imágenes: "Un rincón campesino, casi perdido en la montaña, nos habla de la paz del campo y las gratificaciones de la soledad. Un rostro sereno que muestra, quizá con orgullo, las huellas que ha dejado el trabajo.

Como una cámara indiscreta, la lente se adentra en la intimidad de un patio con un sello de indiscutible plasticidad" (pág. 164).

En todo el volumen no se encuentra un mapa que permita ubicar los municipios ni conocer las rutas para llegar a ellos. No existe un índice, y la "bibliografía" es una lista de autores y títulos sin más datos editoriales.

Mientras los autores se sigan sintiendo obligados a entonar cantos elegíacos inspirados en un deseo abstracto de progreso, donde el lector se topa por todos lados con adjetivos superlativos destinados a la decoración de láminas, la duración de estos libros seguirá siendo fugaz.

Acaso sería preferible que los editores renunciaran a los escritos y asumieran la publicación de fotografías excelentes. Libros para mirar y no para leer son preferibles a discursos deficientes bien ilustrados.



Todo esto conduce a pensar que en materia de publicaciones regionales y homenajes bibliográficos permanece como ejemplo la *Historia de Antioquia*, publicada con los auspicios de Suramericana de Seguros en 1988 sin mayores pretensiones. Y que con la excepción de *Tesoros de Cartagena*, en los aquí considerados, el conocimiento que intentan ofrecer de los departamentos sólo alcanza a ser salvado *parcialmente* por la fotografía, pues lo demás está teñido por la retórica, los lugares comunes, el afán de grandilocuencia y la irregular comprensión de lo que pretenden divulgar.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ

Noventa y tres años de juventud

América es otra cosa

Germán Arciniegas

Antología y epílogo de

Juan Gustavo Cobo Borda

Intermedio Editores/Círculo de Lectores,

Bogotá, 1992, 245 págs.

En alguna reunión social una elegante dama bogotana le preguntó a Germán Arciniegas cuál era su oficio. "Señora —respondió—, soy escritor, he escrito más de cuarenta libros". La dama sorprendida, sólo acertó a volver a preguntar: "Entonces... ¿no ha trabajado nunca?".

Quizá nada pinta mejor que esta anécdota lo que para Colombia y para América ha significado este señor que ha sostenido con paciencia, tesón y mucha disciplina la dignidad de una profesión insólita por estos lares: la de escritor. Y la ha sostenido como un panadero: amasando palabras todos los días de la vida, tanto que ha llegado a afirmar: "Los libros son como los cestos: lo difícil es hacer el primero, que después cualquiera hace un ciento". Germán Arciniegas ha encarnado, como ningún otro, la profesionalidad del escritor. Sólo eso bastaría para defenderlo a capa y espada, pluma, procesador de palabras y cuantas armas punzantes tengamos a la mano.

Los años pasan, y el joven que salió a las calles para ayudar a tumbar la dictadura de Reyes es posible que esté inaugurando una nueva generación de inmortales, aunque a los amigos de las cábalas cabría recordarles que no sólo Mark Twain dijo que había nacido con el cometa Halley y que con él se iría, sino que el propio Arciniegas estableció cuántos serían los años de su vida cuando en 1948 escribió *En medio del camino de la vida*, por cierto su única novela.

Arciniegas escogió su tema, su obsesión, y ha venido desgranándolo con apabullante e imperturbable prolijidad a través de ochenta años. Nada más le interesa, y no veo por qué no va a tener derecho a ello. A pesar de la sugestiva propuesta de que todos los más de cincuenta tomos de Germán Arciniegas conforman un sólo y único